

mero una docena de obritas de las que sólo una, *las Dos Gemelas*, tuvo bastante éxito.

La noche de la primera representación, al volver Favart á su casa, supo que le habían hecho un gran encargo de pasteles; púsose el delantal blanco y echó mano á la masa. Apenas había empezado el trabajo cuando se detuvo un coche á su puerta, bajó de él un arrendador general, que deseaba ver al autor de *las Dos Gemelas*, cuyo ingenio le había encantado toda la noche. Avergonzado Favart de verse sorprendido en aquel traje, se hizo pasar por un simple aprendiz, dijo al visitante que iba á avisar á su amo y pasó á un gabinete inmediato para arreglarse un poco. El desdichado no había tenido en cuenta la fatal disposición de una puerta vidriera á través de la cual pudo ver el financiero todo el manejo.

Fué el primero en reírse con toda su alma, pidió á Favart una coplas para la fiesta de su esposa, le invitó á cenar y se hizo su protector.

Una de las más lindas páginas de aquel prestigioso crítico que se llamó Paul de Saint-Victor, le fué inspirada por el espectáculo de *las Tres Sultanas* de Favart.

¿Habéis oído acaso en algún castillo de provincias, despertarse un clavicordio del siglo pasado, bajo el impulso de una mano curiosa y sabia y tocar nuevamente á la sordina una aria ligera de Rameau ó una sonata de Philidor? El sonido es cansado y las teclas parecen embotadas; faltan notas acá y acullá en aquella lira anticuada, como faltan dientes en la boca de los ancianos. Pero; cuán venerable y conmovedora es su debilidad! Diríase que un alma de abuela, encerrada en el instrumento centenario, os refiere con dulce charla, las historias, amores y estribillos de antaño. No conozco nada tan penetrante como esa voz sonora y cascada de los viejos clavicordios.

Por poco que os halléis, al oírlo, en circunstancias favorables á la ilusión y al ensueño, — por ejemplo, al anochecer antes de encender las luces á la hora en que invaden el salón medias tintas oscuras, — evocarán en vuestra alma las sombras familiares cuyo canto y baile acompañó en otro tiempo y cuyos ensueños y amores meció y alentó.

Vendrá á colocarse ante el instrumento difunto una forma blanca y empolvada y volverá de vez en cuando su cabeza suavemente ajada de rosa antigua y de muchacha secular. Detrás de ella se erguirá indeciso, pero más elegante aún, el fantasma del joven ejecutante que acompañaba tan tiernamente su voz mortal, y hasta distinguiréis, en un extremo del clavicordio, la silueta inclinada y como pasmada del elegante abate que volvía tan galantemente las hojas del cuaderno de música, silbando bravos aflautados y discretos. Poco á poco se operará el sortilegio, la lira muerta llamará y agrupará en torno suyo á todos los que conmovió y encantó durante su vida musical. El salón se irá llenando con los personajes de los tapices y de los viejos retratos: damas con vestido de color de hoja seca, abuelos vestidos de negro;

hermanos, al servicio del rey embutidos en sus uniformes de oficiales; hermanas jóvenes que cruzan sobre sus esbeltos cuerpos sus manecitas enguantadas con mitones; todo esto indeciso, vago, borroso, flotante, en estado de sombras y en un pálido claro obscuro, pero; qué dulce visión!; qué tranquilo cuadro!; qué inocente magia!; cómo os encantaría entablar un diálogo de los muertos, á la manera de Fontenelle y de Fenelon con aquellos manes del Eliseo, de las viejas familias y de los viejos hogares de otro tiempo!

Con *La Buscadora de Ingenio*, agradable y delicado discreto, vino al fin el éxito:

¿Hay algo más encantador que *las Tres Sultanas*, *la Hada Urgela*, *Ninette en la Corte*, *el Inglés en Burdeos*, *la Rosière de Salency*, *Caoba*, *Bastián y Bastiana*, y *Anita y Lubín*? Estas lindas bagatelas hacían sonreír á un auditorio frívolo y ligero, que se divertía con aquellas escenas graciosas, imágenes de su vida y de sus refinamientos. Los mismos incidentes parecían formar cuerpo con la obra y estar unidos al asunto con cintas de seda y de terciopelo. Cierta día, al entrar en escena una actriz, empezó el público á cuchichear, á mirar y á sonreír. La actriz no hizo caso al principio; pero después se examinó con curiosidad y vió, enganchada en el encaje de su falda, la peluca de un suspirante que estaba poco antes á sus plantas y á quien había tenido que dejar bruscamente, un verdadero marqués de Favart.

El recuerdo de la Sra. Favart es inseparable de su marido y tiernamente célebre. ¡Pobre Pardina! Entre todas aquellas figurillas que animó el siglo XVIII con su sonrisa y su galantería, no hay evocación más conmovedora, más radiante ni más seductora que la graciosa Sra. Favart. Fué mujer encantadora por las cualidades de su corazón y de su ingenio: escribía, aconsejada por el fidelísimo amigo, abate de Voisenon, y en el teatro servía á la causa de la verdad en el traje, mostrándose vestida como una verdadera campesina, con el cabello liso, sin polvos, en traje de estameña y con zuecos. La literatura dramática le debe el más gracioso saludo. Con las obras de los esposos Favart, no se agotó en su familia la vena poética y musical; su hijo Justino Favart escribió comedias como *el Diablo Cojuelo* y *la Mudanza de Arlequin, vendedor de cuadros*; y el nieto, Carlos, que fué secretario del Sr. de Polignac, pintó, grabó é hizo representar comedias en las que se ponía al abrigo del nombre de su abuelo, cuya juventud refería en 1808 en un *Vaudeville*.

He aquí cuáles fueron los curiosos orígenes de la Ópera Cómica, que los olvida hoy día y que se preocupa más de ser Ópera que de ser Cómica. Puede vanagloriarse de lo plebeyo de su origen.

No hemos acabado con el teatro, porque se representaban piezas interesantes fuera de los teatros de empresa; me refiero á los teatros de sociedad, en particular á los teatros de conventos y colegios.

El siglo XVIII vió el triunfo de los teatros de sociedad que antes habían sido principalmente teatros de corte, con carácter oficial y pomposo aparato. No se pensaba en divertirse fuera de la presencia del rey. Después de Luis XIV la afición pública á las reuniones mundanas, las recepciones, los divertimientos mixtos y la galantería pusieron en boga este género. Era la ocupación que más convenía á aquella sociedad frívola y ociosa y se convirtió en el negocio más importante de la vida. Los actores de fama ganaron mucho dinero dando lecciones. Las mujeres se volvían locas por este entretenimiento que les permitía pintarse, prodigarse las embriagueces del éxito, el triunfo de la belleza, la mentira de las decoraciones, la excitación de la exhibición, los buenos ratos de los ensayos, la variedad de trajes y el encanto de la seducción. Fué aquello una locura. La enseñanza de la juventud fué orientada en este sentido con detrimento de otros conocimientos.

Esta moda introducida en todas las clases del Estado hacia del talento teatral una parte esencial de la educación de la juventud; no había noble doncella ni mujer de la corte ó de la alta banca que no se encontrase en la calle con la Lisette ó la Celimena de una compañía rival. Con frecuencia se oía á los hombres de más categoría saludarse en la calle por su nombre de teatro más habitual: el Sr duque era Crispin; El Sr. Marqués, Dorante; un grave magistrado, Damis, y un mosquetero, Purgón ó Sganarelle.

Ábranse los *Memorias secretas* hacia 1770.

La afición increíble á representar comedias hace cada día más prosélitos, y á pesar del ridículo con que el inmortal autor de la *Metromanía* cubrió á todos los histriones burgueses, no hay procurador que, en su bastida, no quiera tener un escenario y una compañía<sup>1</sup>.

El más delicado placer consistió en adquirir modales de artista, gracia en el porte, cierta manera de redondear los brazos, la ciencia

1. En España no se desarrolló hasta más tarde esta afición al teatro, como lo prueban las chistosas páginas que consagró Mesonero Romanos al teatro de aficionados. (N. del T.)

de los afeites, de los lunares y de los polvos. « El teatro entonces, dice Taine, prepara al hombre para el mundo del mismo modo que el mundo le prepara para el teatro; en ambos casos se asiste á un espectáculo, se estudia la actitud y el tono de la voz, se representa un papel; la escena y al salón son inseparables ».

En la Folie-Titon, en el Temple, en casa del barón de Esckapon, del Sr. de Morville, de la Sra. de Rochefort y de la condesa d'Amblimont, en los dos teatros del conde de Artois, en casa del Sr. de la Popelinière, de la Sra. de Meulan, del baron de Thiers, del Sr. de Magnanville, de la marquesa de Mauconseil, en su castillo de Bagatela, del marqués de Paulmy d'Argenson, del Sr. de Maurepas, donde el marqués de Miromesnil sobresalía en los papeles de borracho, de la condesa de Provence, en Passy; de la duquesa de Villeroy, de las Srtas. de Castellane, del duque de Penthièvre y en general donde quiera que había un salón y reuniones mundanas se armaban los bastidores y se daba una función.

Á partir de Luis XV se representaba la comedia en todas partes, en todas las esferas sociales, en todos los castillos y hoteles, en casa de las grandes damas, de los magistrados y de las *demi-mondaines*<sup>1</sup>, á veces en un escenario provisional, y con más frecuencia en el teatro permanente de la casa. Porque cada casa tenía un teatro que era tan necesario como un salón.

Así, en casa de la duquesa de Mazarino se ofrecía á las hermanas del rey la representación de la pieza prohibida de Collé, *la Partida de Caza de Enrique IV*; en casa de M. de Montgeront intendente del Berry, se aplaudía á *Paris y Etena* tragedia puesta en música; en Clichy, en casa del duque de Grammont, donde representaban las Stas. Fauconnier, se dió el *Sitio de Calais* de Durosoy, que quiso oponerle al ruidoso triunfo del *Sitio de Calais* de du Belloy. En Puteaux se oían las obras del conde de Senectere de Roy, y de Laujon, con música de Le Vasseur, de Leclerc y de Martin; en casa de la duquesa de Borbón, en Chantilly, organizó Laujon en 1777 su linda *Fiesta aldeana* con sus diversos cuadros tan pintorescos: la Roca y el Riachuelo, el Puerto de las Gondolas, la Taberna, el Molino, el Salón y el Gabinete de Lectura.

Mercier asistió y consigna esta excelente impresión:

He visto representar la Comedia en Chantilly por el príncipe de Condé y la duquesa de Borbón. He encontrado en ellos un desembarazo, un gusto y una naturalidad que me han causado gran placer. Verdaderamente, si no fuesen príncipes, hubieran podido ser cómicos.

Madama de Pompadour organizó en 1747, en la galería de Versailles,

1. Nombre dado á las cortesanas elegantes de París. También se han llamado *horizontales*, *cocotas*, *demi-castors*, etc., etc. (N. del T.)

con los Sres. de Nivernais, de Duras y de Richelieu, el famoso Teatro de los Gabinetitos, donde representó con gran éxito. La compañía pertenecía á la mayor nobleza y estaba sometida á un severo reglamento; la maquinaria era excelente y las decoraciones dignas de un gran teatro; había siete sastres, doscientos trajes de hombre y ciento cincuenta y tres de mujer, lo cual da idea de la importancia de esta institución que dió lugar á murmuraciones.

Moufle d'Angerville se hace eco de ellas en la *Vida privada de Luis XV*.

Madama de Pompadour representaba muy bien la comedia. Había frecuentemente función para distraer al rey. Á ella se debe la afición escénica que se ha apoderado en general de toda Francia, de los príncipes, de los grandes, de los burgueses, que ha penetrado hasta en los conventos y que, envenenando las costumbres de la infancia, con esta multitud de alumnos cómicos, ha llevado la corrupción al último límite<sup>1</sup>.

En la *Escuela del hombre ó paralelo de los retratos del siglo y de los cuadros de la Escritura Santa*, se leía: « Lindoro, no pudiendo tomar á causa de su grandeza una muchacha de teatro por amante, se satisface como un príncipe de su categoría: su amante se hace bailarina ». El último de los Giges no ha muerto en Lidia.

Lindoro se sintió ofendido por estas críticas. Suprimió el teatro de los Gabinetitos en 1750, con tanta más facilidad cuanto que Madama de Pompadour acababa de hacer edificar su casa de Bellevue donde tuvo su teatro propio de 1751 á 1753.

La nieta del gran Condé, la duquesa del Maine, mujercita atropellada, nerviosa, viva y frívola, empleó sus insomnios en instituir las famosas fiestas dramáticas llamadas *Las Grandes Noches de Sceaux*. El director de estos espectáculos fué el Sr. de Malézieux, que los organizó también en Châtenay é introdujo en Sceaux las sesiones de títeres. Voltaire y la Sra. du Châtelet formaron parte de la compañía del Maine. El autor de *Catalina* representó allí en 1750 su tragedia, que había sido aplazada por la Comedia Francesa. « Hace, decía La Chaussée, como los pasteles, que, cuando no pueden venderlos, se comen sus pasteles. »

Uno de los más famosos aficionados fué el duque de Orleans, nieto del Regente, hombre gordo, sensible y cándido, que representaba comedias con « facilidad y desembarazo ». Tuvo varios teatros: uno en el faubourg Saint-Martin, otro en la calle Cadet, y otro en Bagnolet donde triunfó su querida, Marquise. Allí se representó por vez primera la pieza prohibida de Collé *la Partida de caza de Enrique IV*. Marquise

1. En España fueron también numerosos los enemigos del teatro, al que consideraban como desmoralizador llegando en ocasiones hasta lograr su clausura. Por de pronto las representaciones estaban prohibidas durante la Cuaresma. (N. del T.)

cayó en desgracia y fué suplantada por la Sra. de Montesson, tía de la Sra. de Genlis y que fué la estrella del nuevo teatro que el duque hizo edificar en Villers-Cauteret. Tuvo también una escena en su hotel de la calle d'Antin<sup>1</sup>. La Sra. de Montesson hacía los papeles de dama joven, pero como era muy gruesa, esto perjudicaba algo á su modo de representar y á su gracia. El príncipe bromeaba acerca de esto diciendo: « Ya veis que el aire del campo es excelente para mi pastora ».

Cuando se declaró la rivalidad entre el teatro de la Chaussée d'Antin y el de Trianon, en aquella guerrilla de epigramas que divirtió á Paris, con su tiroteo, los opulentos encantos de la Montesson sirvieron con frecuencia de blanco. El conde además la llamaba *Filís en folio*.

Y Filís se vengaba como podía recordando que, en *el Adivino de la Aldea*, el conde Adhemar llevaba un traje que le hacía parecer un lacayo.

El teatro Montesson fué el primero de Paris desde 1770 á 1780 por su brillo y por la nobleza y mérito de sus intérpretes. La robusta dama representaba papeles y escribía piezas. Una noche fué silbada sin que se pudiese saber de qué palco había partido el silbido. Pero al día siguiente los lacayos recogieron en la sala un silbato de fuelle que bastaba oprimir con el pie. El duque lo hizo colgar con una cinta de seda en el salón de la marquesa y cada vez que ésta se permitía alguna frase que expresara demasiada confianza ó vanidad, hacía sonar el instrumento, cuyo silbido recordaba inmediatamente la perfidia de los amigos y la falsedad de los aplausos de cumplido.

El conde de Clermont tuvo también un ilustre teatro en Berny y otro en la calle de la Roquette.

He referido en su lugar correspondiente la gran pasión que Voltaire tenía por el teatro y recordado que fué un director de escena muy juicioso, un actor apasionado y un terrible « metteur en scène »<sup>2</sup>, lo mismo en la calle Traversière que en Lausana, en Tournay, en Ferney ó en Châtelaine. Sus principales compañeros en estas representaciones fueron su sobrina Sra. Denis, Lekain y la Clairon. Era un verdadero demonio. Galvanizaba á los actores y con él adquirían los ensayos una vida intensa y ruidosa. Vigilaba, fiscalizaba, aconsejaba, rectificaba y lo veía todo á la vez. Cierta día, refiere Lekain, estábamos ensayando en su casa, calle Traversière, la tragedia de *Mahoma* y yo representaba el papel de *Seide*. Una señorita, hija de un procurador del Parlamento de

1. No es extraño que en aquella sociedad tan disoluta tuviese tanto imperio la atmósfera artificial del teatro. Las costumbres no podían ser más libres. Autores, abates, nobles y príncipes rivalizaban en liviandad. Luis XV, para dar ejemplo, tuvo sucesivamente por queridas á cuatro hermanas, siendo la menor la Sra. de Chateauroux, cuyo retrato se admira ahora (abril de 1909) en la exposición de cien retratos de damas del siglo xviii. (N. del T.)

2. Corresponde á nuestro *director de escena*, sólo que en francés se da mucha más amplitud á esta palabra, que se aplica á cosas ajenas al teatro. (N. del T.)

París (Sta. Baton) representaba el papel de Palmira. No tenía cuando más sino quince años y era muy interesante; estaba muy lejos de exhalar contra Mahoma las imprecaciones de su papel con el vigor y la energía que éste exigía. El Sr. de Voltaire, para demostrarle cuán lejos estaba del sentido del mismo, le dijo con dulzura:

Señorita, figuraos que Mahoma es un impostor, un traidor, un malvado que ha hecho asesinar á vuestro padre y acaba de envenenar á vuestro hermano y que, para coronar sus buenas obras, quiere absolutamente dormir con vos. Si todo este manejo os produce algún placer, tenéis razón en tratarle con la consideración que lo hacéis, pero si os repugna hasta cierto punto, hay que expresar esa repugnancia.

Entonces, Voltaire, uniendo el ejemplo al precepto repitió las imprecaciones y logró hacer de aquella señorita una actriz inteligente y muy agradable.

Gibbon ha notado sus recuerdos de Voltaire actor:

El mayor placer que me procuró la permanencia de Voltaire en Lausana fué la circunstancia rara de oír á un gran poeta declamar en el teatro sus propias obras. Había formado una compañía de hombres y mujeres, entre los cuales había algunos no desprovistos de talento. Se arregló un teatro decente en *Mon-Repos*, casa de campo en los arrabales; los trajes y las decoraciones los costeaban los actores, y los ensayos eran dirigidos por el autor con gran atención y con celo y amor paternales. En dicho teatro se representaron dos inviernos sucesivos las tragedias *Zaira*, *Alcira* y *Zulima* y la comedia sentimental *el Hijo Pródigo*. Voltaire representaba los papeles de Lusignan, Alvarez, Benassar y Eufemón que convenían á su edad.

Su declamación se ajustaba á la pompa y cadencia del antiguo teatro y más bien respiraba el entusiasmo de la poesía que la expresión de lo sentimientos de la naturaleza.

El inglés John Moore, cuando pasó por Ferney en 1776, hacia el fin de la vida de Voltaire, consignó en su libro *A view of society* esta corta noticia:

Voltaire tenía en su castillo un pequeño teatro, en el que representaban las personas de su tertulia; él mismo se encargaba generalmente de uno de los principales papeles; pero, según me han dicho, no tenía talento para esto. La naturaleza le había dotado de la facultad de pintar los sentimientos de los héroes pero no de la de expresarlos.

El Sr. Cramer de Ginebra solía tomar parte en estas representaciones. Con frecuencia le he visto representar en un teatro de sociedad con merecido éxito. Pocos de los que se consagran únicamente al teatro y trabajan diariamente en público hubieran sido capaces de representar con tanta verdad y

energía como él. La célebre Clairon misma no se desdenó de representar en el teatro de Voltaire y de desplegar en él á la vez el genio de este autor y su talento de actriz.

Gui de Chabanon le rindió este homenaje en 1757:

Voltaire tenía la primera cualidad del cómico, la de sentir con viveza, y por eso hacía mucho efecto. Creía que se necesitan una voz voluminosa é inflexiones fuertes para conmover á la multitud, para hacer efecto en la masa inactiva del público. No tuvo que habérselas con ningún autor trágico á quien no dijese más de una vez: « ¡Gritad, gritad! Sin esto no puede haber gran efecto.

Nos da acerca de Ferney estos detalles útiles:

No hay nada tan solemne como nuestras representaciones. Acudían á ellas de Ginebra, de Suiza y de Saboya. Todos los lugares circunvecinos tenían guarniciones francesas, cuyos oficiales acudían á nuestro teatro. Nuestros trajes eran limpios, magníficos y adecuados á las piezas que representábamos. La sala era bonita; el teatro se prestaba á cambios de decoración y era digno de expresar la pompa del espectáculo y de los prodigios de Semíramis. Cierta día habían servido de guardias en la representación unos granaderos del regimiento de Conti. Voltaire mandó que les diesen de cenar y que les pagasen el salario que pidiesen. Uno de ellos respondió: « Ese es nuestro salario ». Voltaire oyó esta respuesta y quedó encantado. ¡ Oh! ¡ mis valientes granaderos! exclamó transportado de júbilo ¡ Oh! ¡ mis valientes granaderos! Les dijo que podían ir á comer al castillo siempre que quisiesen.

Los días de representación eran días de fiesta. Se sentaban á la mesa sesenta y hasta ochenta personas, y se bailaba toda la noche. Voltaire sólo se mostraba algunos momentos en la comida ó en el baile y puede calcularse el efecto que su presencia producía. Después de haber pagado este tributo á la oficiosidad de los que deseaban verle, se retiraba á sus habitaciones y trabajaba ó se dormía al son de los violines, porque su dormitorio estaba inmediato á la antecámara donde bailaban los criados. Este ruido no le incomodaba y le gustaba ver reinar la alegría en su casa.

Á veces abandonaba su casa é iba á representar en Sceaux en casa de la duquesa del Maine. Fué un ferviente aficionado.

Florian, en casa del duque de Penthièvre, organizó arlequinadas interesantes, según hemos visto.

María Antonieta dejó un recuerdo amable en la historia de los teatros de sociedad.

En Versalles, no siendo aún más que esposa del Delfín, se fastidió algo al principio. Hizo amistad con sus cuñadas las condesas de Provenza y de Artois. Las tres jóvenes no se separaban, se hacían servir la comida en la misma mesa, y bostezaban á una. De aquí á representar comedias no había más que el espesor del telón. Se encargó á Campan

que instalase un teatro. El Delfín, por sí solo, constituyó el público, pero había que representar á escondidas con un material volante que se doblaba y ocultaba á la menor alarma.

Reían y se divertían con los disfraces y con el secreto que tenían que guardar, porque había que evitar que el rey se enterase. El teatro cabía todo entero en un armario; cierto día el Sr. Campan que representaba á Crispín, fué visto en un corredor por un lacayo, el cual se asustó y chilló. La compañía tuvo miedo y cesó la diversión. Esto era en el invierno de 1773.

Luis XV murió en mayo de 1774. La delfina fué reina y vaciló en continuar una diversión que la atraía. Empezó por hacer representar comedias; encargóse de la organización de estos espectáculos una actriz cantante y se construyó al objeto en 1775 el teatro des Reservoirs.

La reina volvió á mostrarse en las tablas primero en Choisy, donde se daban dos representaciones al día, una clásica á las cuatro y otra de piezas ligeras á media noche. En Trianón hubo un teatro completo. La sala, pintada de blanco y oro, fué adornada con columnas jónicas, con amorcillos que tocaban la lira, y con nubes de algodón en rama.

El público, constituido al principio por el rey únicamente, llegó á ser más numeroso; hubo primero cuarenta asientos y luego ciento, siendo admitidos á ellos los oficiales de los guardias de corps, los grandes y las damas.

Las representaciones en Trianón duraron de 1780 á 1785. El último papel de la reina fué el de Rosina, en *El Barbero de Sevilla*. Fué la *soirée* más brillante la del mes de agosto de 1785. En ella se vió á una reina, á los príncipes de la sangre y á los grandes señores representar la comedia incendiaria y revolucionaria de Beaumarchais. El autor fué invitado<sup>1</sup>.

Figaro iba á pagar muy mal tanta amabilidad.

De la nobleza pasó esta afición á los magistrados (la presidenta Lejay, el presidente Henault y el abogado Legouvé) á la burguesía y al mundo galante: las lindas Señoritas Verrières daban á conocer en su casa, ante brillante concurrencia, las obras de sus amigos Colardeau y La Harpe; la Guimard tenía en París, en la Chaussée d'Antin y en Pantin teatros célebres y muy estimados. Ella misma representaba con mucha gracia aunque tenía la voz ronca. Sus camaradas de la Ópera y de la Comedia Francesa la secundaban. Fué inimitable en el lindo personaje de Victorina del *Filósofo sin saberlo*. Era más bien fea, negruzca y picada de viruelas, pero tenía mucha gracia y seducción y era muy inteligente. José II, que la había oído, decía: «Es extraordinario que se pueda

1. No podía llegar á más alto grado la inconsciencia de aquellos reyes y de aquellos cortesanos, que no tardaron en pagar, con creces, sus propias faltas y las de sus predecesores. (N. del T.)

sacar tan gran partido del asma». Había frecuentes reuniones también en casa de la Srta. Contat, Sra. de Meaux, hija del cómico Dufresne y de la actriz Sra. Seine, en casa de la Srta. Dangeville, del bailarín d'Auberval y hasta de algunas damas galantes: porque el furor teatral se había apoderado de todas las clases sociales. Los actores se quejaban del daño que les hacía la buena sociedad.

Bajo la Revolución, los emigrados llevaron una vida con frecuencia precaria; pero no habían renunciado á la más cara de sus costumbres parisienses y representaban comedias en el destierro. Las comedias para salones fueron una parte importante de la literatura dramática en el siglo XVIII; pero no han sobrevivido en gran parte por su escaso valor. Las mejores pertenecen á la historia del teatro en general y ya las he citado al hablar de sus autores, como Marmontelle, Collé ó Florian. Las otras se redujeron á improvisaciones rápidas que ya no tienen sentido ni gracia, pasada la actualidad.

Collé, Laujon, Carmontelle, las Sras. de Genlis y de Moissy se consagraron exclusivamente al teatro privado, pero no siempre quedaban satisfechos del talento de su intérpretes que solían no tener memoria. El más notable parece haber sido un abogado, Coquely de Chaussepierre, uno de los mejores cómicos que he conocido «dice Collé; tiene excelente presencia, una inteligencia superior y una naturalidad que jamás la he visto igual. No temo decir que es superior á Préville». Algunos tenían ingenio.

En cuanto á los autores, era una profesión hasta lucrativa la de escribir. Con ello se ganaba la casa, la comida, una pensión, y consideraciones, lo mismo que antes con las dedicatorias. Se llegaba á ser el amigo de la casa, á veces el amante de la dama, como La Harpe y Colardeau, y con frecuencia el socio del marido en sus arrendamientos y rentas<sup>1</sup>. Hay que leer con qué pericia práctica y comercial combina Collé su negocio al acecho de los teatros privados que se abren en las grandes casas, dispuesto siempre á meterse en ellas (porque hay siempre mucho que ganar) y á disputar el puesto á su perpetuo competidor Laujon. Es la lucha por la vida, una empresa, un negocio y una renta.

Collé ha consignado, en su *Diario*, sus esperanzas, sus rencores, sus alegrías, su desprecio hacia los señores á quienes tiene que divertir y en medio de los cuales va á «enduquecerse<sup>2</sup>».

La necesidad complaciente de los autores, la afición persistente de los particulares y la fidelidad del público explican la boga perseverante de un género que ha cambiado de carácter, que se ha aburguesado y

1. Recuérdese el caso de Beaumarchais. Este espíritu comercial é industrial no dominó nunca á nuestros autores. (N. del T.)

2. No existe otra palabra para traducir el verbo *s'enducailler*, inventado por Collé, con el sentido de: *encañallarse*. (N. del T.)